

Segunda Unidad.
SOCIEDAD, CONOCIMIENTO, AXIOLOGÍA Y RELIGIÓN.
CORRESPONDENCIA ESTRUCTURAL E HISTÓRICA.

Interesados en la relación conocimiento – espiritualidad, y conocida esta relación en su origen y fundamentación, vamos a ver cómo ésta se ha dado en la historia de las sociedades. Para ello vamos a abordar tres puntos: En primer lugar, mostrar la correspondencia histórica estructural entre forma de vida o tipo de sociedad, conocimiento, axiología y religión, aspecto muy importante para dar cuenta de los cambios y transformaciones en esta. En segundo lugar, tomar conciencia de que en las sociedades de pensamiento mítico, mitos, símbolos y ritos no pretenden darnos a conocer qué es la realidad sino como hay que verla, no pudiendo tomar sus descripciones religiosas como descripciones objetivas de la realidad. En tercer lugar, mostrar la religión de creencias como la religión propia de las sociedades agrarias e incluso de la primera revolución industrial y la correspondencia entre el conocimiento “adecuación”, objetivista, del entendimiento a la realidad y el conocimiento-creencia de lo religioso.

1. Correspondencia estructural e histórica entre forma de vida, conocimiento, axiología y religión.

Dada la función determinante que cumple el conocimiento y la axiología en función de la vida en el animal viviente dotado de habla que somos los seres humanos, es de esperar que se dé una relación muy estrecha entre conocimiento, axiología, semántica y forma de vida (en concreto se va a dar una correspondencia estructural entre *actividad central* del tipo de sociedad, *metáfora central* y *valor axiológico central*). Tal relación se va a manifestar en una correspondencia histórica de tipo estructural, que comprende también a la religión, al ubicarse ésta en la cumbre de la axiología, y que podemos expresar sinópticamente en el siguiente cuadro.

Tipo de sociedad	Forma de vida	Organización social	Forma de conocimiento	Axiología	Religión
“Primitivas”	En la naturaleza	Parental	Mítico	Muerte-vida	Mítico-mágica
Agrarias	Agricultura	Órdenes castas	Logos Razón	Mandato - obediencia	Creencias VCM
Industriales	Industria	Clases sociales	Ciencia e ideología	Autonomía	Universo de sentido
Conocimiento	Conocimiento	¿?	Construcción	A crear	Experiencia laica

Como se ve, lo que consideramos religión ha sufrido cambios muy importantes a lo largo de los diferentes tipos de sociedades. A las sociedades cazadoras-recolectoras y horticultoras corresponde una religión mítico-mágica, y a las sociedades que viven de la agricultura un tipo de religión mucho más abstracta y filosófica, religiones de verdades o creencias, presentando la forma *visiones centrales del mundo* (VCM). En las primeras las religiones no pretenden decirnos qué es el mundo sino como hay que verlo y tratarlo. En las segundas las religiones, autoconscientes de ser portadoras de verdad, sí pretenden decirnos qué es el mundo, cómo está hecho y nuestra función él, una función muy pronto de dueños y señores. En ambos tipos de sociedades la religión cumple una función *programadora*, de visión, valoración y comportamiento dentro de un mundo limitado, además de garantizar el acceso a la dimensión absoluta de lo real.

En las sociedades industriales emerge progresivamente la religión, en aquel que la tiene, todavía una gran mayoría, como *universo de sentido* (Peter L. Berger y Thomas Luckmann), en la medida en que ella el hombre y mujer religiosos encuentra el sentido de su vida, de la historia humana, del universo y hasta la fuente y el origen de su ética. Pero cada vez menos, y para menos seres humanos, es todavía una visión central del mundo. Ya no hay una cosmología ni antropología común a todo el colectivo social respectivo. Cosmología y antropología se hicieron plurales, así como los universos de sentido y las religiones portadoras de éstos. En las sociedades de conocimiento, los mismo universos de sentido entran en crisis con los restos de cosmología y antropología creencial que aun adherían a ellos, la religión de creencias entra en crisis, y lo que le sucede es el acceso experiencial laico, no religioso, a la dimensión absoluta de la realidad o lo que llamamos actualmente espiritualidad.

Lo que fundamentalmente este cuadro refleja es la correspondencia estructural que se da entre lo que podemos llamar el modelo o esquema sociolaboral de vida y el modelo o esquema cultural (cognitivo-representacional y axiológico). Y la totalidad sistémica que constituyen. De manera que, de acuerdo a un principio de correspondencia estructural, cuando en uno de los aspectos se da un cambio estructural profundo, transformador, antes o después se da también un cambio de la misma naturaleza en los demás. No importa en qué aspecto se inicie el cambio, ni se puede prejuzgar científicamente al respecto, si la transformación se va a iniciar en la base económica, en la ciencia o en la axiología. Puede ser en cualquiera (Pierre Bourdieu hablaba de «autonomía relativa» de los campos). Si el cambio es profundo, estructural, se operan cambios del mismo nivel en todos los demás aspectos.

El cuadro también expresa la relación que se da entre modelo o esquema que adopta la religión y el modelo o esquema que adopta el conocimiento y la axiología, aunque no sea la única relación determinante, y todo ello en función de la vida. La religión no es una realidad o dimensión sustantiva humana, aislada por ejemplo de la forma de vida, del tipo de conocimiento y de los valores que un colectivo humano necesita crear para vivir como tal en una determinada forma de



vida. La religión, no sólo se origina como parte del conocimiento en función de la vida, sino que a lo largo de la historia, y por más que religiosamente se autonomicen, sigue teniendo que cumplir con esa función primera. En otras palabras, según sea y se autoperciba el conocimiento, y ello ligado sin duda a la función que cumple, así será la axiología y, en la cumbre de ésta, la religión y la espiritualidad.

La posibilidad del conocimiento de la realidad en su dimensión absoluta se dará siempre, como parte que es de nuestra cualidad específica o humana. Pero no necesariamente tiene que ser religiosa. Según sea el conocimiento, puede ser laica. Consecuentemente, hablando con rigor no se puede decir, como es frecuente en los fenomenólogos de la religión, que el ser humano es religioso *por naturaleza*, porque puede ser laico. En vez de esto, habría que decir, hay que decir, *el ser humano por naturaleza es un ser abierto a la dimensión absoluta*, cosa bien diferente. La apertura a la dimensión absoluta de la realidad es tan natural o humana que es la que nos permite estar abiertos a todos los cambios en nuestra relación con nuestro medio y con nosotros mismos, cuando tales cambios son convenientes y/o se imponen. De otro modo no podríamos hacerlo. Tendríamos que cambiar morfológicamente, como lo hacen los demás animales, con el tiempo que evolutivamente ello supone.

2. Mitos, símbolos y ritos como formas de conocimiento.

Según nuestro cuadro anterior, característico de las sociedades llamadas “primitivas”, entendiéndose por tales las sociedades cazadoras-recolectoras y horticultoras, es vivir *en* la naturaleza más que de ella y sobre ella, presentar una organización parental, y manejar un conocimiento mítico, para el cual el mundo, visible como invisible, más que ontológico es liviano, a modo de un gran balón hueco decía Lévi-Strauss, pero totalmente unido en las dimensiones y partes que lo componen. Pues bien, en un mundo así, correspondiente a esa forma de vida *en* la naturaleza y gracias a ella, lo importante no es explicar su existencia, que se da por un hecho, ni como fue creado, sino su valor, su significado, para enseñar como hay que vivir en él, verlo y tratarlo. Y esto es lo que mitos, símbolos y ritos enseñan. Con esa función son construidos.

Mitos, símbolos y ritos no han sido construidos para describir la realidad, menos aun para explicarla filosóficamente. Y no pueden ser leídos ni interpretados así. Su pretensión no es describir el mundo sino valorarlo e interpretarlo, tanto en lo que respecta a sus necesidades de vivientes humanos como en su dimensión absoluta, para enseñar como hay verlo y tratarlo, como hay que actuar y comportarse en él. Mitos, símbolos y ritos tienen una función programadora.

Por supuesto que mitos, símbolos y ritos dan por un hecho que las cosas son como ellos dicen. Porque su función es también de programación, del pensar,

sentir, valorar y actuar de individuos y grupos en ese tipo de sociedades, función esencial para la sobrevivencia de individuos y grupos. Si no fuera así, no podrían cumplir con tal función, sería imposible. Más aun, la misma resulta reforzada de la manera más autorizada posible, cuando los mitos son estrechamente vinculados a dioses y a ancestros, como una revelación de éstos. Pero en sí mismos considerados, mitos, símbolos y ritos no tienen como función darnos un conocimiento objetivo de la realidad, describirnos como es. Por lo mismo no se pueden tomar por verdades objetivas sus narraciones y descripciones. Mitos, símbolos y ritos, son una forma de conocimiento, la que más vigencia ha tenido en la historia de la humanidad, una vigencia de milenios, existencia exitosa que habla por sí sola de la importancia y valor de tal tipo de conocimiento, pero no por ello descriptiva y realista. Al contrario, ha sido la forma más axiológica de todas, y su éxito ha consistido en proporcionar a individuos y colectivos el mundo axiológico, autoritario, permanente y estable, que necesitaban. Refiriéndose a este su carácter repetitivo, no históricamente dinámico y por ello productor y consumidor de poca energía, Levi-Strauss llamó a este tipo de sociedades “frías”, contraponiéndolas a las “calientes” o históricamente dinámicas y cambiantes.

En este tipo de sociedades religión y espiritualidad se han articulado sobre este conocimiento constituyendo su cumbre, a la vez que el conocimiento mítico ha permitido el descubrimiento de la dimensión absoluta de la realidad y el camino hacia ella. Hay que tener presente que el chamanismo, vía de superación de la condición humana mediante el descubrimiento y experiencia de otra superior (Mircea Eliade, *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*, F.C.E, México 1976), es un descubrimiento y práctica de los pueblos cazadores. Pero este hecho mismo no cambia la naturaleza y función valóricas del conocimiento mítico, no lo hace descriptivo, aunque lo valida como el conocimiento funcional que es y como acceso posible que también es a la dimensión absoluta.

3. Religión de creencias, función de programación y epistemología mítica.

En contraste con los mitos, símbolos y ritos, y su religión mítica, las religiones de creencias, en la medida en que se articulan sobre el esquema artesanal *emisión-recepción* y conciben lo real en términos de “logos”, sí pretenden describir la realidad, en este caso las realidades religiosas de las que nos hablan. Al menos aspiran a ello y están convencidas de haber logrado su aspiración. Son las religiones propias de las sociedades agrarias y/o artesanales de Occidente, herederas de la visión y categorías helénicas, aunque no exclusivamente.

Sociedades sumamente complejas, estas se caracterizan, además de por el modelo axiológico muerte-vida, común a los pueblos cazadores y horticultores, por una experiencia sociolaboral jerárquica-autoritaria y un trabajo artesanal, que se traducirán respectivamente en dos esquemas, un *esquema o patrón organizativo jerárquico-autoritario* y otro, artesanal, de *emisión-recepción*.



El primero, por cuanto como sociedades complejas que son, no sólo viven de la agricultura, en la que también la muerte es fuente vida, sino de la *autoridad*, gracias al grupo de los que *deciden*. Sin estos la sociedad sería inviable, y la autoridad de un modo u otro procede de dios o de los dioses, que son cosmizadores e incluso creadores, y que reciben el título de Señor. El segundo, por cuanto todo está hecho y existe en términos de razón, proporción y medida, como existen y son hechas las obras por los artesanos, suponiendo en la cumbre de todo el artesano por antonomasia, Dios, creando todo e informando todo, *emisión-recepción*, con su *logos*. El ser humano en las sociedades agrarias es *faber* y el universo entero aparece inteligentemente construido y creado de acuerdo a formas preexistentes en la mente de Dios, gran artesano, y de su *logos*. Interpretada la naturaleza-agricultura en términos artesanales, y asumido el modelo artesanal en el jerárquico-autoritario, el modelo axiológico muerte-vida, propio también de la agricultura, será asumido en otro más abstracto y amplio, el modelo axiológico *mandato-obediencia*, según el cual a más obediencia, más proximidad del mandato-autoridad, y más vida.

En la cumbre de la realidad escindida en dos órdenes, abajo y arriba, tierra y cielo, está la autoridad suprema, el Señor, Ser y Artesano Supremo, quien con solo su palabra ha creado todas las cosas de acuerdo a patrones o medidas, que nosotros podemos conocer mediante la razón e incluso en cierta manera a él mismo. Pero su revelación, iniciativa exclusiva de él, solo la podremos conocer asintiendo a ella por la fe y con toda seguridad de estar asintiendo a verdades, porque como reveladas que son por él mismo, en ellas viene empeñada toda su autoridad. Proviendo de distinta manera, la razón como cualidad natural, y la fe como gracia, pero ambas creadas por Dios, y la primera subordinada a la segunda y en función de ella, ambas, razón y fe, son fuente de verdad y las verdades de la razón deben ser aceptadas y las verdades de fe creídas. En todo caso, razón y fe, cada una conforme a su naturaleza, son realidades las que nos presentan y describen, conforme además al concepto más amplio de verdad, común al conocimiento como tal *adaequatio rei intellectus*, adecuación del entendimiento a la cosa.

En otras palabras, la conciencia de las religiones de creencias de ser ellas descriptoras objetivas de las realidades de las que nos hablan, es un hecho, tan contundente y poderoso como el dios que en definitiva las avala con su autoridad. Basta pensar en la figura del Pantocrátor y en el hundimiento que producen sus pies en el cojín en el que los apoya. La densidad de lo divino es bien real y pesada, así como el universo creado que imágenes de Niños y Vírgenes románica sedentes sostienen en sus manos. No es un mundo hueco, como decía Lévi-Strauss del mundo de las sociedades de pensamiento mítico.

Hablar, pues, de sociedades agrarias artesanales y de religiones con pretensión de verdad objetiva y descriptivas, es hablar de sinónimos. Son dos realidades coincidentes. Por su esquema jerárquico-autoritario y artesanal de conocimiento, pensamiento y cultura se identifican con una trascendencia personificada, creadora y reveladora, y por otra parte, en sus verdades reveladas realidad, visión de mundo y sociedad se ven perennemente mantenidos y ratificados en su ser.

Y sin embargo, éstas son las religiones, que pensando en sus contenidos, llamamos de *creencias*. ¿Por qué así? Porque hoy sabemos que las realidades que están convencidas de conocer objetivamente y presentarnos, no existen como tales. Hoy sabemos que el conocimiento adecuación a la realidad no existe, es una modelación, y mucho menos tiene la capacidad para objetivamente hablarnos de las realidades que pueblan el más allá o un supuesto piso, de naturaleza celestial, por encima del nuestro, temporal y humano. En este sentido podríamos considerar las creencias como mitos, y en buena parte lo son, sobre todo las que dependen o son expresión del esquema muerte/vida y del jerárquico/autoritario.

No sólo las verdades religiosas, naturales y reveladas, son creencias, creencial es también el conocimiento sin más en su pretensión de conocer la realidad percibiéndose una adecuación a la misma. El conocimiento-adecuación a la realidad, tan propio de las sociedades agrarias artesanales, también es modelación, no es conocimiento objetivo de la realidad. Creencias religiosas y conocimiento adecuación a la realidad son expresión de una epistemología mítica (*Hacia una espiritualidad laica*, pp. 148-163)

¿Por qué sin embargo su pretensión de objetividad, nos referimos a las creencias religiosas? ¿Qué función cumplen? Una función muy importante en este tipo de sociedades, socialmente tan desiguales, la función de *programación*, que comprende fundamentalmente garantizar una forma común de comprender e interpretar la realidad, de actuar e ella y organización social. Y en esto fueron exitosísimas. Porque no puede haber programación mejor que la que reivindica su valor de la autoridad más grande que cabe en el imaginario humano, la autoridad divina, la que deriva de los propios dioses creídos como tales. Y ellas lo lograron.

Religiones de creencias, no pudiendo transmitir el conocimiento objetivo religioso que pretendían, sin embargo, por paradójico que parezca, fueron en esas sociedades camino de acceso a la dimensión absoluta de la realidad, de espiritualidad. No solo fueron camino de acceso, sino que es en ellas donde emergen la espiritualidad como propuesta y los caminos de cultivo de la misma. Basta recordar que fue precisamente en este tipo de sociedades donde surgieron las que conocemos como religiones universales y sus grandes propuestas espirituales, junto con los grandes hombres y mujeres que las vivieron y enseñaron (el hinduismo de las Upanishads y de los Vedas, especialmente la propuesta vedanta advaita, el taoísmo con Lao Tzu y Chuang Tzu, el budismo, sobre todo en su propuesta zen, el yhavismo de los grandes profetas de Israel, el mazdeísmo con Zoroastro, ...). Esta emergencia en este tipo de sociedades es tan



epocal que, con gran éxito, Karl Jaspers la bautizó (*Origen y meta de la historia*, Alianza: Madrid 1980) como «época axial» o «época eje», porque suceden en el lapso que va del 800 al 200 a. C., y constituyen un parteaguas en la historia de la humanidad, marcando un antes y un después. En ellas, como sociedades agrarias y urbanas, hay que incluir la espiritualidad jesuánica de los Evangelios, ciertas expresiones cristianas gnósticas y la espiritualidad del sufismo islámico, éste siglos posterior.

En las sociedades cazadoras se descubrió que era posible cambiar la condición humana ordinaria y mediante cierto tipo de prácticas y rituales entrar en otra. Pero es en las sociedades agrarias en donde la espiritualidad propiamente tal emerge y se hace propuesta. La explicación hay que buscarla en el alto grado de abstracción y de sutileza de pensamiento logrado por estas sociedades. Sus conceptos religiosos, aunque objetivos, son tan abstractos y sutiles que, más allá de su pretendida objetividad en las religiones que, por ejemplo, son teístas, apuntan a lo absoluto y conducen a él. En otras palabras, en sus elementos creenciales había una fuerza conceptual, devocional y axiológica que podía trascenderlos y los transcendía. Abstracción y sutileza se da por igual en la filosofía, recordemos la filosofía griega. Por ello con Corbí podemos considerar que las religiones de creencias significaron y fueron en las sociedades agrarias el camino hacia la dimensión absoluta. Sin perder de vista que incluso algunas de ellas, como la corriente vedanta advaita en el hinduismo, y el budismo, fueron desde su formulación propuestas de una espiritualidad sin creencias, no superadas.

El paso de las sociedades cazadoras-recolectoras a las sociedades agrario-autoritarias fue tan formidable que para Corbí «fue uno de los momentos más traumáticos de la historia de nuestra especie.» (*Hacia una espiritualidad laica*, p. 73). Y Mircea Eliade dijo: «... el descubrimiento de la agricultura, provocó trastornos y síncope espirituales cuya gravedad apenas nos es dado imaginar» (*Herreros y alquimistas*, Alianza Editorial, Madrid 1974, p. 157).

4. La religión cristiana y sus tres paradigmas.

La religión cristiana es el resultado en su configuración como religión de creencias de tres paradigmas, que a su vez responden a tres actividades centrales, convertidas en otras tantas metáforas centrales de programación, es decir, de organización, interpretación y valoración de la realidad. Estos tres paradigmas, modelos o patrones son: el paradigma autoritario, el agrícola y el dual. Los tres, productos del contexto y de la historia donde se da el cristianismo, las ciudades helénicas mediterráneas, con sus antecedentes pastoril (dual) y agrícola palestinos.

Citamos literalmente e *in extenso* la descripción que al respecto hace Corbí del cristianismo (*Hacia una espiritualidad laica: Sin creencias, sin religiones, sin dioses*, Herder: Barcelona, 2007, pp. 146-148)

«En la tradición cristiana, Dios es creador por la palabra. Envía a su Hijo para que se encarne en la tierra, para que con su muerte por obediencia haga fecunda a la muerte. Jesús, el Cristo, muere, en efecto, condenado por las autoridades religiosas de su pueblo y ejecutado por los romanos. Dios, su padre, lo resucita y, una vez resucitado, Jesús asciende a los cielos y se sienta a la derecha del Padre, el Supremo Señor.

La mitología cristiana está, pues, articulada por los paradigmas o metáforas centrales de «mandato/obediencia» y «muerte/vida», y sigue, paso a paso, los desarrollos mitológicos que generan esos esquemas, como las restantes sociedades agrario-autoritarias que hemos analizado. Pero también está estructurada por el paradigma que enfrenta la vida a la muerte, El Principio del Bien se halla contrapuesto, en la historia humana, al Principio del Mal, el diablo. Los hombres deben alistarse en uno u otro ejército. Así resulta que la historia humana es una historia sagrada, una historia de salvación.

Dios escoge a un pueblo, a Israel, en el Antiguo Testamento, y a la comunidad de los seguidores de Jesús, en el Nuevo Testamento, para que ejecute los designios de Dios en esa lucha de titanes. Pero, en dicha contienda, que es más que humana, el Pueblo Elegido, que es el Pueblo de la Alianza en el caso de Israel, y de la nueva Alianza en el caso de la comunidad de Jesús, necesita de un auxilio divino para vencer, pues esa lucha es excesiva para sus fuerzas.

El Enviado de Dios, el Redentor, será el Hijo de Dios encarnado. Él, muriendo, vence al mal, a la mentira y a la muerte, vence al diablo, y rescata a la humanidad del poder del mal. Gracias a ese Mesías la victoria de Dios contra el diablo, en la historia humana, está asegurada. Al vencer a la muerte rescata a todos aquellos que la muerte había secuestrado. En los últimos días los muertos resucitarán, después, un juicio universal premiará o castigará a los hombres, según hayan elegido militar en los ejércitos de Dios o en los del diablo.

Es completamente evidente que aquí estamos frente a una construcción basada en el patrón «vida que se enfrenta a la muerte», y con los desarrollos lógicos de ese patrón de interpretación y valoración, que ya hemos analizado en las sociedades de ganaderos.

Lo peculiar de la religión cristiana es que concilia estos tres patrones de interpretación en uno complejo. La divinidad suprema, el Señor Absoluto, que es el Padre de Jesús, el Cristo, es a la vez el Principio del Bien. El Hijo de Dios, que desciende a la tierra para morir por obediencia, y para, con su muerte, hacer fecunda a la muerte, es también el Mesías, el Enviado para intervenir en la lucha contra el demonio. Con su muerte, que como hemos visto hace fecunda a la muerte, vence al demonio y rescata a la humanidad de su poder. Él es el enviado



que, muriendo, vence al malo y le arrebató todas las presas, a los pecadores y a los muertos, para salvarlos y resucitarlos en el último día.

Quien se sienta a la derecha de Dios es también el Salvador y el Redentor, el vencedor del diablo, el que rescata a los muertos de las garras de la muerte.

Puede verse con toda claridad que los tres paradigmas o metáforas centrales están conjuntadas en un único patrón o paradigma de construcción compleja. Su complejidad es nueva, pero no son inéditos los elementos que componen esa complejidad, pues son ya milenarios cuando comienzan a componer la estructura profunda de la religión cristiana.

Por consiguiente, desde el punto de vista de las líneas de su construcción, la religión cristiana es una religión como las otras; es una mitología estructurada por los mismos patrones de construcción que estructuraron a las religiones que le precedieron y que fueron contemporáneas o posteriores a ella.» (pp.146-148).

Pregunta de un estudiante:

En la primera clase usted nos explicó que los humanos tenemos dos modos de acceso al conocimiento, el conocimiento relativo (utilitario), y el conocimiento absoluto (realizador), que es el conocimiento de la realidad en sí misma. Ahora en esta exposición histórica, nos dice que a cada tipo de sociedad, forma de vida y organización social (básicamente la primitiva, la agraria, la industrial y la sociedad de conocimiento) corresponde una forma de conocimiento (mítico, racional, científico, y de construcción) y un tipo de religión (mágica, de creencias, de universo de sentido, y de experiencia).

No me queda claro si estas formas de conocimiento y estos tipos de religión corresponden todas al conocimiento relativo utilitario, o si la forma del conocimiento es el relativo, y el conocimiento absoluto es el de las religiones.

Otra pregunta:

¿Puede entenderse como 'determinista' la relación que usted establece entre el tipo de sociedad y de organización social, y la forma de conocimiento y tipo de religión que le corresponde? ¿Podría esta relación expresarse, como hace el marxismo, entre estructura y superestructura? O sea, ¿el tipo de sociedad y la organización social serían la estructura, y la forma de conocimiento y la religión, superestructuras determinadas por la estructura?

